

Los Libros

DESDE LA ÚLTIMA VUELTA DEL CAMINO
Memorias de Pío Baroja

Nunca he sido un devoto de Pío Baroja y los más encendidos elogios que la gente adicta a su literatura le prodiga me dejan frío y sin ánimo de volver a coger libros tan desarticulados como «Laura o la soledad sin remedio», que fué una de las últimas obras que leí del solitario vasco, o ese espantoso novellón que se llama «La estrella del capitán Chimista». Pero estas palabras mías ¿qué poder de convicción pueden tener al lado de las de aquellos a quienes apasionan los libros de Baroja?

Sin embargo, a pesar de que Baroja no es uno de mis ídolos literarios, he leído con una serie de sentimientos contradictorios estas memorias en que este hombre se muestra tal como es, y en las que hace profesión de sinceridad. No disimula ni su antipatía por Valle-Inclán, ni su aversión a Maeztu, ni su desprecio por Villaespesa, el cual un día en que Baroja se dispone a pagar el jornal a los obreros de su panadería, llega a pedirle cuarenta duros, único dinero con que Baroja contaba para ese objeto, asegurándole que a las seis de la tarde iría a devolvérselos. Por cierto que Baroja no lo volvió a ver sino cuando la desvergüenza del famoso poeta ya le daba ánimos para intentar un nuevo préstamo que el terco vasco no le hubiera concedido por ningún motivo.

Pero este libro de Baroja escrito ya en la hora crepuscular de una vida llena de afanes, de esfuerzos y de desencantos,

hay algo interesante que anotar. Es la envidia que lo rodea. Es la falsedad de la mayoría de sus colegas que ven en él, aunque les pese, al hombre capaz de realizar una labor que después de la de Pérez Galdós no ha sido superada en volumen por ninguno de los demás novelistas españoles. A pesar de su egotismo, es necesario reconocer que Baroja tiene la razón cuando se queja de la falta de lealtad que hay en el ambiente literario. Nos damos cuenta de que tanto allá como aquí existe ese recelo, esa desconfianza, esa falta de solidaridad para apreciar la obra del compañero, en cada uno de los escritores que van a verlo. Salvaverría, por ejemplo, no pierde la ocasión de hacerle una de esas antipáticas trastadas. Es la actitud del hombre de lengua larga y fácil para el pelambrillo y el chismorreio que trata de empequeñecer lo que hace el escritor que no sabe darse tono ni ínfulas ante nadie, sino que ostenta como único antecedente de su personalidad lo que va haciendo, día a día, penosamente, en una labor que a la larga lo va desgastando y poniéndole cada vez más, el gesto agrio y amargo.

Porque en la carrera de escritor hay dos caminos bien diferenciados. Uno es el de aquel que dispone de medios para hacerse presente en todas partes y de este modo consigue lograr situaciones que le permiten gozar de una vida fácil y placentera. Valle-Inclán, por ejemplo, según Baroja, reniega de los gobiernos y de los que usufructúan de los honores y granjerías que éstos pueden otorgar. Y sin embargo disfruta de un empleo suculento que no ha ejercido nunca, pero que le da una buena renta.

En el otro aspecto está el escritor que se dedica de lleno a trabajar y que a cada uno de los que tratan de ignorarlo le contesta publicando un libro. Se aferra empecinadamente a tan ingente tarea, porque en el fondo de su espíritu hay un recio orgullo, una elevada aspiración de que algún día este esfuerzo habrá de ser apreciado en la forma que merece. Este escritor, como en el caso de Baroja, no tendrá puestos oficiales. No será

llamado por ningún gobierno para desempeñar embajadas ni altas misiones de carácter cultural. Nunca representará en el extranjero el espíritu de su tierra en este sentido, aun cuando es el mejor personero del intelecto de su país. Baroja al final, en este libro es como un viejo león que desde su rincón lanza con denuedo las últimas dentelladas. Se nos hace simpático. Hay algo aquí de revancha contra todos esos saltimbanquis, que saben saltar en la cuerda floja pero que un día, después del discurso de marras junto a la sepultura, se hundirán definitivamente en el olvido. Será un castigo que no sufrirán. En cambio el artista sincero, aunque sus méritos de la índole más ajena a los gustos de mucha gente, dejará todo un mundo de creaciones, como las vió o las sintió. Eso se llama actuar con verdadera honestidad frente a la vida. Y esto es lo que hace Baroja. A mí, por ejemplo, su literatura no me entusiasma. Pero ¿qué significa la opinión de una persona cuando hay miles que lo admiran?

Y este hombre que ha trabajado, este esforzado campeón de una empresa tan noble, caerá un día sin haber gozado de muchos agrados que la vida ofrece y que en la mayoría de los casos obtienen los mediores y los que saben sonreír a tiempo y doblar el espinazo para hacer cortesanías reverencias. Baroja morirá viejo, allá en su casa de Vera, en la frontera vasca. Y no tendrá junto a él sino a los seres íntimos que le apreciaron y supieron ver la ternura que había en su alma de solitario. Todo lo demás en el fondo es vanidad, pero que el hombre desgraciadamente necesita, porque la condición humana es endeble en muchos aspectos, estará lejos de él, en esos instantes. Y quien sabe si será mejor. Así podrá lanzar el último suspiro con la conciencia realmente en paz.—LUIS DURAND.

